

BENJAMÍN VICUÑA

BLANCA

LA NIÑA
QUE QUERÍA
VOLAR

10 actos para conjurar el olvido

PRÓLOGO DE
GABRIEL ROLÓN

BENJAMÍN VICUÑA

BLANCA

LA NIÑA
QUE QUERÍA
VOLAR

10 actos para conjurar el olvido

PRÓLOGO DE
GABRIEL ROLÓN



ACTO I

BLANCA, MI NIÑA

*“Ahora comprendo
 Cuál era el ángel
 Que entre nosotros pasó
Era el más terrible, el implacable
 El más feroz
Ahora comprendo en total
 Este silencio mortal
 Ángel que pasa
 Besa y te abraza
 Ángel para un final”.*

SILVIO RODRÍGUEZ, *ÁNGEL PARA UN FINAL*

Nos enteramos de que estábamos embarazados de Blanca en Valparaíso. Carolina se hizo un test, y cuando me dijo que le había dado positivo, sin transición alguna, fue una alegría compartida, con ataques de risa y llanto incluidos.

Desde el primer momento nos lanzamos a esta aventura de ser padres, que es maravillosa, y tuvimos un embarazo muy bonito, que vivimos muy intensamente. Digo “vivimos”, porque doy fe de que uno como padre no necesariamente tiene que ser un invitado de piedra o un extranjero en la vivencia. Viví con Carolina codo a codo los vómitos y los mareos. Compartimos el antojo por comer pastas durante casi nueve meses y engordamos juntos, yo unos seis o siete kilos.

Fue un feliz proceso de autoconocimiento, de vértigo ante lo desconocido, ante ese misterio al que nos estábamos asomando.

Cuando se acercaba la fecha en la que estaba previsto el parto, le pedí a mi mamá que viniera a Chile. Ella vive parte del año en Inglaterra y me dijo que iba a viajar el 14 de mayo a la noche y que iba a llegar el 15, que es el día de su cumpleaños.

Me quejé: *“Vieja, te vas a perder el nacimiento de tu nieta, mi primera hija”*.

Pero tal como estaba previsto, mi mamá llegó el 15 y desde el aeropuerto, se fue directamente a la clínica. Ese día nació Blanca.

En el momento del parto, yo me quería meter dentro del cuerpo de mi mujer, me pegué a su oído y le decía: *“Fuerza, mi amor. Vamos, tú puedes”*. Pero ella lo único que quería era que por favor me callara porque tuvo un trabajo de parto muy largo, como de ocho horas.

De todos modos, fue un momento mágico. El cuarto se iluminó y apareció la vida, con ese llanto con el que arranca todo. Fue hermoso. Hermosa mi niña.

Ese 15 de mayo llovía. La cordillera estaba nevada y el aire limpio de esmog. Los budistas dicen que en los días de lluvia nacen las grandes cosas, los hitos. El nacimiento de Blanca sin duda fue un hito en nuestras vidas.

EL REGALO DE TU NOMBRE

Me conmovió tanto que nuestra hija naciera el día del cumpleaños de mi mamá, que quisimos hacerle un gran regalo y ponerle su nombre: Isabel. También porque la amo profundamente y porque ella había tenido un rol clave durante todo el embarazo. Pero mi mamá nos sugirió que le pusiéramos el nombre de su madre: Blanca.

Mi abuela materna fue una mujer muy especial, muy espiritual; muchos en mi familia le hemos pedido cosas porque es una especie de santa, que moviliza, y además nos pareció el nombre más lindo del mundo, así que no lo dudamos: nuestra niña se llamaría Blanca.

Cuando nació, yo tenía 26 años y había leído mucho sobre el apego, sobre esa primera instancia tan importante y natural. Sabía que el vínculo entre nuestra hija y su mamá ya existía, venía de nueve meses antes, pero yo quería entrar a escena pronto,

vivir a fondo la paternidad, así que con Blanca tuve más apego que con ningún otro hijo. Hoy pienso que no solo fue porque era la primera, creo que había algo más.

Su nacimiento generó un gran revuelo mediático, llegaron periodistas de todas partes, pero yo no quería que le sacaran fotos, así que salimos de la clínica en helicóptero y nos fuimos a un campo de mi familia. Pese a todos esos cuidados, una semana después salió una foto de Blanca con parte de la placenta y con sangre en la tapa de una revista argentina. La habían tomado de noche, desde una escalera de emergencia, mientras nosotros estábamos viendo en un televisor la grabación del parto que había hecho mi prima Cecilia.

Eso me molestó profundamente, aunque una vez más superé el mal trance y disfruté mucho esos primeros días. Desde que mi niña tenía apenas una semana, la sacaba a pasear, caminaba con ella cerca de los caballos que tanto iban a gustarle.

HIPERVENTILADO Y A LAS PATADAS

Al dejar el campo, nos fuimos a vivir a mi casa en Santiago. Cuando Blanca tenía apenas un mes o dos, sucedió algo gracioso y que muestra lo loco que estaba intentando protegerla a ella y a mi mujer de cualquier cosa que pudiera afectarlas.

Una noche, a las dos de la madrugada, empezamos a escuchar música muy fuerte que venía de una casa vecina. Estaban haciendo una fiesta muy ruidosa, así que agarré el auto, di la vuelta a la manzana, y lo dejé con la puerta abierta y las llaves puestas. Entré en la casa indignado y lo primero que vi fue a un grupo de chicos de unos 15 años.

—¿Quién está a cargo?! —les grité.

En esa época yo hacía una serie de policial y estaba entrenado, y cuando todos los chicos se me vinieron encima y me empezaron a decir: “¡Eh! Eres Vicuña, Pampita”,

eran tantos que no sé por qué, me puse a marcar patadas.

En mi fantasía, ellos eran unos okupas y yo debía defender a mi bebé, tan vulnerable, que estaba en mi casa llorando. Pero entonces aparecieron la mamá y el papá del chico que daba la fiesta. ¡Era una fiesta consensuada!

Ahí empecé a bajar quince cambios porque me di cuenta de que podía ir preso por haberme metido en una casa y tener esas actitudes, pese a que la patada que había marcado había sido por precaución y más adecuada para la escena de una película.

Pedí disculpas, aclaré las cosas y salí, y cuando llegué a la puerta, ¡mi auto no estaba! Me lo habían robado los chicos estos, que eran unos “chetos” o “tinchos”, como dicen en Argentina, o unos “cuicos”, como decimos en Chile.

En medio de toda esa locura, apareció Carolina, recién parida, con bata y las pantuflas de la clínica, a preguntar por mí, porque yo no había vuelto a casa, ¡y pensaba que me había quedado bailando en la

fiesta! Los chicos se hicieron un festín con la situación y después confesaron su jugareta: el auto lo habían dejado a un par de cuadras.

Así arranqué en mi rol como padre. Sumamente protector, un poquito sobreactuado y muy hiperventilado.

LA NIÑA SABIA

Esos fueron los primeros pasos en esta carrera de dormir mal, de los cólicos, de esta preocupación de la noche a la mañana, y sobre todo de ese amor eterno e incondicional por los hijos, que te toma por asalto.

Blanca era una beba normal, pero como primerizos, todo nos sorprendía un poquito más. A mí no me gustaba que llorara ni medio minuto, pero los niños deben llorar. En esos casos, con Carolina teníamos ciertas pugnas de poder. Nos pasó también cuando seguimos una técnica que se llama “Duér-

mete niño” para que Blanca aprendiera a dormir en su cama y toda la noche. Había que dejarla llorar, y eso fue casi causal de separación.

Ahora con mis hijos soy una especie de abuelo-papá porque soy más permisivo, pero con esta primera hija tratamos de hacer todo bien, ser padres de manual en su máxima expresión.

Los seis años que compartimos fueron hermosos. Seis años con una niña de una dulzura y una belleza distinta, que además era muy cariñosa.

Más allá del final, de lo que sucedió, ella era realmente especial. Me lo siguen diciendo las mamás de sus compañeritas y quienes fueron sus amiguitas.

En su vida tan breve, por las circunstancias profesionales de su mamá y mías, Blanca viajó por todo el mundo. Tengo fotos de mi niña con todos los atardeceres y todos los colores posibles.

Con ella vivimos en España y allí fue a un colegio público pero de monjas, al que iban chicos de todas partes y que tenían situaciones familiares

muy disímiles: hijos de personas trans, yonkis, del Opus Dei. Lo menciono solamente porque era una comunidad educativa muy diversa, y porque para ella fue una experiencia hermosa; era amiga de todos sus compañeritos y una niña feliz.

Blanca conoció Tahití, Francia, Marruecos, Inglaterra, Holanda, Estados Unidos, entre muchos otros países. El último viaje fue a México. Hay un video de esos días que subí a Instagram, en el que ella dice: “*Quiero volar*”. Después de lo que pasó, uno resignifica los acontecimientos, y ahora pienso que me estaba diciendo en la cara que quería volar. Que fue un anuncio.

No sé cuánto hay de cierto en eso de los mensajes. Es probable que uno después de una pérdida semejante trate de acomodar la historia buscando señales. Lo que sí sé es que ella durante sus seis años fue siempre tan amorosa y tan cariñosa, tan especial, que todo ese tiempo fue como una larga despedida. Era una niña sobre-

adaptada, una especie de sabia en un cuerpo de bebé, con una mirada de costado, como de soslayo, y una dulzura única.

Yo tenía fascinación con su pelo largo y ondulado, con sus rulos, esos rulos imposibles de olvidar. Amaba su piel, sus manitos y sus ojos, hacerle cariñitos en la nariz y llenarla de besos.

En la última Semana Santa nos fuimos a Uruguay. En la playa había un arco iris y ella corría para tratar de llegar adonde estaba, y por eso le puse “Mi niña arco iris”. También le encantaban los caballos, a los que les decía “toco-toco” por el ruido que hacen al caminar.

Tengo muchas fotos de Blanca en todos esos lugares y situaciones, y cada vez que las veo, no puedo evitar preguntarme: “¿Dónde estás? ¿Dónde está mi niña de atardeceres y amaneceres, mi niña arco iris, mi niña de mar?”

Son preguntas gastadas, para las que ya no busco respuestas.

